

## GINER I LA INSTITUCIÓN LIBRE DE ENSEÑANZA DESDE CATALUNYA. CENT ANYS DESPRÉS DE LA MORT DE FRANCISCO GINER DE LOS RÍOS (1835-1915)

Por ISABEL VILAFRANCA Y CONRAD VILANOÜ (eds.). Barcelona: Universitat de Barcelona, 2018. 280 páginas. ISBN 978-84-9168-075-8.

El centenario de la muerte de Francisco Giner de los Ríos en 2015 ha pasado como era él mismo, con mucha discreción y poco ruido. La Fundación que lleva su nombre organizó una magnífica exposición y en algunas universidades se hicieron pequeños actos aislados de homenaje. Nosotros mismos, los historiadores de la educación, apenas nos hemos ocupado de celebrar la efeméride, como si Francisco Giner no cupiera en los esquemas intelectuales y pedagógicos de la España actual y fuese una sombra perdida en la memoria, incompatible con los anhelos políticos de los pueblos hispánicos en la era digital y ya irremediamente devastada una cultura ancestral y campesina, que nos hacía tan diferentes y próximos en un tapiz rico en matices, en hablas y modos de vida, en relaciones variadas, desde Los Pirineos a Tarifa, desde Finisterre al Cabo de Gata. Giner era un intelectual que se había rebelado contra la idea dominante de una España en la que se movían bien los aristócratas truhanes, los terratenientes necios, los chulapos altaneros; y donde la gente común vivía «más de la gracia que del trabajo» como en alguna ocasión coment  con Cossío.

Sigo todavía sin comprender mucho porque Giner es tan desconocido y escasamente considerado por los españoles actuales, con cierta cultura académica y sueños de un país más digno. Me pregunto cómo es posible que en la pedagogía española de hoy no ocupe un lugar central y luminoso, y por qué sus ideas apenas se tratan en nuestras pomposas Facultades de Ciencias de la Educación. Giner y la Institución Libre de

Enseñanza fueron un fenómeno esencial de la cultura española durante sesenta años; tan radiante y penetrante, de tanta influencia en las mentalidades modernas y de nuestros maestros, que hasta el golpe de los militares y sus socios civiles y clericales en 1936 puede explicarse por el rencor e inquina que despertaba entre los sublevados la idea que Giner había construido de España. Era un pensador al que disgustaban profundamente las corridas de toros, la impostura y arrogancia de los petimetres de ministerio, las peñas de casino y los corrillos de pícaros y fanfarrones. Sentido por sus enemigos como un extranjerizante que tenía simpatías por el protestantismo y desprecio hacia la cultura vernácula, pero que recorría las aldeas escuchando los romances y apreciando las creaciones de los campesinos, y caminaba grandes distancias para contemplar un paisaje, un resto arqueológico o un cuadro valioso en la iglesia de una aldea perdida. Amigo y admirador de Concepción Arenal, se suele decir ahora de él que fue el primer español moderno; yo añadiría también que fue, posiblemente, el primer varón español feminista.

Hay una cierta inclinación a tratar a Giner como una figura doméstica, con menos fuste que sus coetáneos de otros países europeos con los que se trataba. Una de las sorpresas más grandes que tuve cuando empezaba a estudiar la documentación de la Institución Libre de Enseñanza fue la carta que Cossío escribió a Giner el 16 de septiembre de 1882, contándole su reunión en Berlín con Henriette Schrader Breyman. No es cuestión ahora de desvelar algunos episodios poco conocidos de su vida, pero trataba a los grandes educadores de su tiempo como iguales y quizá sintiendo una mayor fuerza moral en sus propósitos. Hemos ya escrito sobre su amistad profunda con Bernardino Machado. La admiración que por él sintieron Alexis Sluys, Lyulph Stanley, Pierre de Coubertin o el propio Pietro Siciliani nos dice mucho sobre su dimensión europea. Pocos testimonios me llamaron más la atención que las palabras que le dedicó en 1890 James Guillaume, creador de la federación jurasiana, amigo a su vez de Kropotkin y Bakunin y por supuesto de Ferdinand Buisson, que lo consideraba el intelectual europeo más sugestivo.

Que en los tiempos actuales sea desde Cataluña donde se aprecien más las ideas de Giner a mí me reconforta ante los golpes emocionales del tiempo presente, tan hueros de conocimiento histórico y de una

hábil ingeniería cívica para construir la convivencia. Me desvela otras dimensiones de la vida espiritual y anímica entre nosotros que la maldita Guerra Civil destruyó; porque si no hubiese sido por ese desastre que arrasó con toda la cultura española republicana, libre, tolerante, diversa, optimista, creadora y científica al mismo tiempo, hoy Giner formaría parte de nuestra epopeya común, de nuestros cantos de gesta, del verso de nuestra historia, de nuestro orgullo profesional, pero no ha sido así y tampoco hemos sabido recuperar convenientemente su legado tras la muerte del dictador. Hay que agradecer a Isabel Vilafranca y Conrad Vilanou que nos brinden este libro porque ayuda a ese rescate y al mismo tiempo nos recuerda que hay sendas claras que podemos transitar en compañía. Son doce trabajos muy bien armados, seis escritos en catalán y otros seis en castellano; dicho así para quien lleve contabilidades algo suspicaces.

Los editores destacan en la introducción el interés que suscitó siempre en su departamento y entorno académico, la figura de Giner y la obra de la Institución Libre de Enseñanza; y recuerdan que los inicios de los estudios de Pedagogía en Barcelona estuvieron muy determinados en primer lugar por el Seminario que Joaquín Xirau creó en 1929 a imagen y semejanza de la cátedra de Pedagogía Superior de Cossío, a la que asistió en el curso 1917-1918. El libro es el producto que ha quedado del seminario que con el mismo título se celebró el 3 de diciembre de 2015. Es un libro coral, que reúne distintas sensibilidades bajo un común denominador: la admiración por Francisco Giner «mestre pensador de l'Espanya contemporània que va tenir a Catalunya amics i deixebles». Y que además de mostrar el rigor crítico y erudición inherente a una publicación universitaria es también «un acte d'estima i de reconeixement».

De los doce capítulos, los primeros que he leído son los que están dedicados a conspicuos institucionistas catalanes. Josep Monserrat es el autor que abre el libro: «Qui ha de ser el llevat i quin és el regne? Un apunt metodològic a propòsit de Francisco Giner de los Ríos i Josep Pijoan». Nos presenta una imagen de Pijoan desde el catalanismo; estudiando lo que fue su incursión en la cultura española y lo que el propio Giner estaba significando en la cultura catalana y a quien Maragall retrató como el gran educador del porvenir, el que ponía la levadura. Carles Bastons por su parte hace una semblanza de dos educadoras

que conocieron la influencia institucionista en dos épocas distintas, abarcando un periodo dilatado de la educación catalana: Isabel Vilà Pujol (1843-1896) y María dels Àngels Ferrer Sensat (1904-1992). Bastons dice que ambas maestras pusieron en práctica los principios pedagógicos de la Institución Libre de Enseñanza. Isabel Vilà fue «una dona rebel que va contra el poder establert, sense cap mena de prejudici, por o covardia» que dirigió la Institución Libre de Enseñanza de Sabadell, mientras María dels Àngels Ferrer se educó en la Escuela del Bosque de Montjuïc que dirigió su madre.

Claro está que al lector avisado sobre el influjo de la Institución Libre de Enseñanza en Cataluña no le deja nunca indiferente ver un nuevo estudio sobre Hermenegildo Giner. Raquel de la Arada aborda la figura del hermano de Don Francisco cuya llegada a Barcelona en 1898, como catedrático de Psicología, Lógica y Ética de su instituto de segunda enseñanza fue el cenit de una actividad política que le llevaría a ser concejal del ayuntamiento, y a participar en muchas de las iniciativas pedagógicas de la ciudad desde su republicanismo radical. Raquel de la Arada destaca su defensa de la coeducación y de los derechos de las mujeres y que se sentía muy orgulloso de que el primer instituto femenino de España, que fue un referente para los que se crearon en los años posteriores, se abriera en Barcelona. Vivió también las consecuencias de la Semana Trágica y el fusilamiento de Francisco Ferrer. Tras su muerte, ocurrida en Granada en 1923, fue objeto de varios homenajes en reconocimiento de su actividad política. Emiliano Martínez Otazo recordaba cómo organizaba excursiones por toda Cataluña y su querencia por los deportes de nieve. El apoyo que dio a su sobrino Manuel Morales Pareja para dedicarse a la política, y que llegó a ser alcalde de Barcelona entre los años 1918 y 1919, coincidiendo con su jubilación, merecerían un relato más amplio, y tal vez el trasfondo y explicación del éxito político de Don Gildo en Cataluña.

Para los que no hemos imaginado todavía a Eugenio d'Ors desde la perspectiva del institucionismo, el capítulo de Joan Soler y Conrad Vilanou, abre nuevas posibilidades de interpretación, porque d'Ors fue un intelectual que no se encontraba cómodo en ningún encasillamiento, como muy bien describen. No obstante, este no es el tema principal de su aportación, sino uno de los elementos que la explican. En «Giner y la renovación pedagógica en Cataluña. Entre la tradición liberal y la

historia conceptual», urden un recorrido por la significación de la «renovación pedagógica» en el Principado, durante el primer tercio del siglo XX, visto desde la historia conceptual. En ese escenario estuvo muy presente la Institución Libre de Enseñanza, pero aquí se introduce la imagen de los vasos comunicantes: también se fortaleció la presencia catalana en Madrid. Están planteando una hipótesis muy sugestiva, por lo que indican que el trabajo que presentan no tiene un cierre definitivo y espero que nuestros colegas sigan explorando esta veta. «A veces da la impresión —dicen— de que la historia de la educación se obstina en afirmar apriorismos sin acudir a la necesaria contrastación histórica, negando de una manera un tanto pueril los contactos y préstamos entre las diferentes latitudes y, por ende, los vasos comunicantes entre el centro y la periferia».

Descubrir la impronta que dejó en Gaziél el contacto con la Institución Libre de Enseñanza es otro de los valores del volumen que merecen destacarse. Porque el ilustre periodista y gran cronista de la Primera Guerra Mundial había ido ya primero a Madrid en 1908 para doctorarse, y regresó más tarde, conoció el ambiente de la Residencia de Estudiantes y llegó a ir con Giner de excursión al Guadarrama un día de invierno en el curso 1912-1913. De la inteligente reflexión que hacen Jordi García y Óscar Jiménez destaco su comparación con Thoreau, de lo que ya algo había apuntado Santos Casado hace unos años. No estoy seguro de que Giner leyese alguna vez a Thoreau, pero sí que creo que tanto Gaziél como Giner tenían la «pell gruixuda» por el aire libre, y por estar acostumbrados a vivir a la intemperie, en minoría ante las grandes corrientes de moda que a veces te empujan a ser lo que no deseas. Caminar a pie, huyendo de las multitudes y buscar en la naturaleza una respuesta a la vida: Thoreau, Giner, Gaziél. Me encanta el párrafo (págs. 78-79) en que los aúna como caminantes:

Així, doncs, ens trobem davant d'e un Giner i d'un Gaziél que poden ser vistos com dos exponents de l'*Homo viator*, entès con el subjecte que es caracteritza per l'actitud d'estar en moviment (caminant, per exemple). Val a dir que no s'ha de confondre amb aquella figura anomenada *Wandern*, que van elevar a categoria els alemanys romàntics, perquè el seu recorregut no pot ser percebut, en cap cas, com una fugida del seu món quotidià per tal d'alliberar-se dels esforços i les preocupacions diàries.

No solo este trabajo es una buena contribución a la historia del excursionismo, sino a reconsiderar lo que en este ámbito compartían Barcelona y Madrid, y los autores se preguntan porque Gaziell en sus memorias recuperó aquella excursión que hizo con Don Francisco. Creo que es estimulante para estos días leer que Gaziell estaba cautivado por el «estilo de vida» de Giner que «com es ben sabut per tothom, traspuava un model ple de confiança i optimisme en la vida, oberts al nous vents de la cultura europea i que, a més, aspirava a forjar un home i una societat nous a través de l'educació».

Otros trabajos no tienen incidencia sobre Cataluña, lo que creo es muy buena opción de investigación además de justificar el título del volumen. Porque es ver y estudiar «desde», no de lo que ocurrió o influyó en un territorio concreto, sino lo que desde una cultura y unos presupuestos intelectuales podemos indicar de un fenómeno histórico. En este sentido uno de los estudios que más celebro es el que firman Isabel Vilafranca y Antonieta Carreño sobre María de Maeztu. Si bien basan el recorrido biográfico que hacen sobre ella en el reciente libro publicado por Ángel S. Porto y Raquel Vázquez, este trabajo hace algunas precisiones muy valiosas: destaca su perfil feminista y su pertenencia a la Generación del 14, así como su conocimiento del pensamiento de Natorp y la difusión que hizo en España de la Pedagogía social. Otra aportación valiosa es la de Juan Manuel Fernández Soria que vuelve con un tema, «Inglaterra en la Institución Libre de Enseñanza», que ya ha tratado recientemente en un excelente artículo en *History of Education*. Destaca Fernández Soria que la Institución Libre de Enseñanza buscó en Inglaterra un ideal formativo, pero que no compartía el elitismo aristocrático que ese ideal formativo encerraba, por lo que «vieron lo que querían ver y no vieron lo que encajaba en la imagen que se forjaron de la educación inglesa». Miguel Martínez y Ana Marín, por otra parte, abordan la actualidad del pensamiento de Giner desde la perspectiva de la educación en valores. «La transversalidad como condición —afirman— para educar en valores, el equilibrio entre autonomía y heteronomía y el respeto a los derechos de la infancia en la educación en valores son cuestiones actuales, pero no son nuevas». Señalan que ya Giner había descubierto que los «principales factores del aprendizaje ético, estaban en los espacios de convivencia, las excursiones y el contacto con la naturaleza, y el arte, el juego corporal y al aire libre y el deporte».

Leí con especial interés el capítulo escrito por Daniel Izquierdo. Quizá porque encontré muy novedoso lo que decía en «Vidas y silencios en Francisco Giner de los Ríos y Antonio Machado. La filia poética de la pedagogía». Suelo contarles a mis estudiantes que sin poesía no se puede educar; y lo aprendí leyendo a Cossío, pero hasta ahora no había encontrado una reflexión con la que poder apoyar mis propias convicciones, y he tenido que toparme con Daniel Izquierdo para sentirme confirmado en lo que desde hace tiempo pienso y defiendo. Dos trayectorias vitales bien construidas y contadas, cuya lectura no pude interrumpir, porque quizá esperaba algo más académico al final, cuando lo que explicaba toda su argumentación era un poema. Giner y Machado y «cuantas ánimas pasaron bajo la aurora de la Institución Libre de Enseñanza eran, si algo eran, luz en la luz. Eso sí, orientada hacia el misterio». Me llega.

Un carácter muy distinto tiene el capítulo dedicado a las ediciones de *Pedagogía universitaria*, en coautoría de Raquel Cercós, Xavier Laudo y Conrad Vilanou. Las aportaciones de Giner a la idea de universidad moderna son contundentes, aunque a ellas se recurre con poca frecuencia en nuestra universidad actual, con tanta impostura y demanda de inmediatez en los logros. Giner creía que la universidad era tan educadora como el kindergarten, algo difícil de explicar hoy a un profesorado cuyos usos académicos están lastrados por la burocracia de los resultados y la rara convivencia entre profesores y estudiantes; lo que destapa una distancia mental que llevará mucho esfuerzo salvar para contemplar otros hábitos y moralidad docente, porque el aprendizaje burocrático y la vanidad de los títulos es una tendencia que no se frenará fácilmente. Los autores del capítulo recuerdan que las dos primeras ediciones de *Pedagogía universitaria* (1905 y 1910), fueron publicadas en los Manuales Soler, pero que el libro es mucho más que un manual: estaba dentro de un proyecto de difusión de la cultura popular que, más tarde, en la segunda edición catalana en 1910, continuó Gallach que compró el fondo. El análisis de esta obra de Giner, de sus distintas ediciones hasta nuestros días, les lleva a estudiar otros escritos suyos sobre la universidad. Y de ahí se parte hacia reflexiones cruzadas sobre la idea de universidad desde su tiempo hasta nuestros días.

El capítulo deja así de ser solamente un estudio sobre la edición y repercusión de un libro para convertirse en algo mucho más amplio. No

ya porque estudian la colección de los Manuales Soler, sino porque eso les lleva a otros razonamientos novedosos, empezando por recordar que los vínculos entre el núcleo institucionista en Madrid y los cenáculos intelectuales de Barcelona eran entonces «sostenidos y amistosos». Había una conjunción de metas, que en el caso de la colección en que Giner había publicado el libro, se trataba, en suma, de una *Volksbildung*, dar instrumentos a «una formación popular que deseaba limitar el elitismo de la cultura burguesa y académica que había triunfado en el siglo XIX». Esto les lleva a interesarse por la extensión universitaria, por cómo llega a España, del interés que existía en lograr una convergencia entre la cultura académica y burguesa y las aspiraciones de las clases populares; de porque el texto sobre la universidad de Oviedo que aparece en la primera edición, fue luego desplazado en la edición de las *Obras Completas* al tomo II, *La Universidad española*. El análisis de la idea de universidad de Giner en el contexto de la época es la parte del trabajo que siento como más valiosa, porque aunque la idea de universidad de Giner resulta conocida a quienes estudiamos su pensamiento, los autores indagan en cómo la propia idea de universidad está evolucionando en esos mismos años en otros núcleos de la cultura occidental y acaban realizando comparaciones con los modelos francés, alemán e inglés. Claro está que recurren ampliamente a la memoria de Giner presentada al concurso que había convocado la Universidad de Valencia en 1902, sobre lo que entonces se consideraba que era el tercer centenario de su creación. Giner parte de que su preferencia está en las universidades británicas, que se preocupaban más por el carácter y la formación moral de los jóvenes que de proporcionarles una compacta formación científica o prepararles para una profesión concreta. Como muy bien apuntan los autores, esto está en perfecta sintonía con lo que piensa de la unidad del propio sistema educativo, que debe formar a la persona en primer término. Recuerdan la admiración que tenía por Thomas Arnold, y se refieren a un personaje clave en la universidad inglesa del siglo XIX, el Cardenal Newman, que instalado en el catolicismo británico seguía defendiendo una formación humanista de los jóvenes frente a una idea más utilitarista y profesional.

Es cierto que Giner creía que el ideal inglés de universidad no llegaba, y apostaba —como afirman los autores— por una fusión entre el



modelo alemán y el inglés. No obstante «la idea de la tradición humanista es la que se impone en última instancia», lo que le permite también ser crítico con el sistema inglés, mostrando cierto diletantismo. Sin duda, es difícil imaginarse que Giner dejase de apreciar la cultura alemana ante la británica de una manera notoria, y ese espíritu diletante estaba presente cuando debía comparar los logros de ambas culturas. Además, cuando se estudian los escritos de Giner en su conjunto, se nota que es Alemania a donde presta más atención, e incluso casi más a Estados Unidos que a la propia Gran Bretaña, si pensamos en la atención que le merecieron los informes de su Comisariado de Educación. No obstante, los autores aciertan al acercar la idea que tenía Giner de universidad al modelo anglosajón, y no se olvidan de incluir otros matices, desde el significado de la universidad napoleónica hasta el ejemplo que supuso la Universidad Libre de Bruselas para los institucionalistas.

Hoy, que la universidad está tan atezada por las presiones del capitalismo financiero e industrial, este debate es muy necesario, y los autores nos recuerdan que «cuando este proceso parece irreversible, nos queda la posibilidad de resistir, de pensar que la formación humana se escapa a menudo de la inmediatez de la cuenta de resultados y que —se quiera o no— la tradición pedagógica liberal exige atender a la formación humana, globalmente considerada». Es una reflexión que hace ver el beneficio que produce la historia de la educación en la sociedad del siglo XXI, y que confirma a quienes nos dedicamos a ella como intelectuales socialmente necesarios.

Cierran el volumen dos artículos sobre la educación estética. El primero es un estudio de las ideas estéticas de Francisco Giner, que realiza Ignasi Roviró; el segundo se ocupa del reverso de la estética krausista a través de las ideas del Marqués de Lozoya y Josep María Junoy, que firma Conrad Vilanou. Del trabajo de Roviró me falta una referencia a cómo las ideas estéticas de Giner se encarnaron en el proyecto pedagógico que lideró, que culminó con las Misiones Pedagógicas. Me sorprende que no haga una alusión a los trabajos de Pinilla, pero tampoco analiza la pregnancia que tuvieron sus ideas con respecto a las relaciones entre lo bello y lo útil, los prerrafaelistas, Ruskin, o el movimiento de *Arts and Crafts*. Creo además que no puede obviarse su pasión por las artes decorativas y el valor que daba al arte popular, o tratar la relación

entre el impulso hacia el arte popular de los institucionistas y las ideas de Demófilo. Sin olvidarse, finalmente, del lugar central que la pedagogía institucionista otorgaba al arte y los sentimientos estéticos en la formación general de cualquier persona.

El capítulo que cierra el volumen, de Vilanou, es el único que indaga directamente en el entorno en quienes fueron los críticos con la cultura institucionista. Es evidente que la difusión del krausismo en España también rompió un ideal estético, dominado por la Iglesia católica. El racionalismo armónico cuestionaba el espíritu religioso de la catolicidad, más allá de las formas estéticas que en muchos casos encontraba en la naturaleza. Giner y sus discípulos recorriendo el Guadarrama, sintiendo la función educadora del contacto directo con la naturaleza, que «possibilitava la fusió entre el paisatge exterior y el món interior de l'ésser humà». La pasión por El Greco de Cossío también podía entenderse desde la disidencia religiosa. La exaltación del «pintor maldito» hubo de ser atenuada por el franquismo, y el Marqués de Lozoya llegó a sostener que era un arte que venía del exterior y no representaba la interioridad de España. Josep María Junoy coincide en la defensa de unos valores de españolidad, centrada en el arte sagrado, que celebra se hubiese salvado de la barbarie roja, y llegará a oponer el carácter extranjerizante y poco español de El Greco con la pintura de Ribera, cuyo camino era el que debían imitar los artistas patrios. Vilanou hace una incursión en el arte del nacionalcatolicismo, en contraposición a la estética krausista, muy valiosa, porque el ataque y destrucción hacia la cultura que había creado Giner llegó también a los ideales estéticos que había difundido por España.

Es un libro valioso y solícito al diálogo de Cataluña con el resto de España, que descubre las arterias por donde fluye una cultura que ha sido compartida, y en algunos casos, sustraída, entre los pueblos hispanos, dentro de un escenario territorial con muchas representaciones, momentos, diferencias, dramas, mitos, y por supuesto interinfluencias que en ocasiones se olvidan. Por eso a mí me sorprende el libro, porque hoy son los educadores catalanes los que están defendiendo más la herencia de Giner y la Institución Libre de Enseñanza, un fenómeno profundamente madrileño, que se produjo tierra adentro en la península, pero que no era centralista sino con vocación de sentir y celebrar la diversidad de sus comunidades y territorios y admirarse de ella. A pesar de

los sonidos sombríos de la caverna y de unas huestes iracundas que siguen hechizadas por la idea de España construida tras la Guerra Civil, reivindicar a Giner que quería inventarla de raíz, como recordaba Américo Castro, es una señal de esperanza, un pequeño destello en el cielo que los soñadores en nuevos ideales de convivencia entre los pueblos hispanos podrían escudriñar en estos tiempos de abatimiento.

Eugenio Otero Urtaza

Universidade de Santiago de Compostela

otero.urtaza@usc.es  <https://orcid.org/0000-0002-1697-418X>